

UNA ESTAMPA DE LOS 97 AÑOS DE DOÑA MERCEDES URZAIZ

## Pasión por la vida

Carlos Peniche Ponce

A sus hermosos noventa y siete años de edad, doña Mercedes Urzaiz Jiménez viuda de Villamil, última hija con vida del Dr. Eduardo Urzaiz, Rector fundador de la hoy Universidad Autónoma de Yucatán, continúa de pie en la vida, sale airosa frente a los devaneos de la salud y, por supuesto, sigue y seguirá siendo una brillante conversadora. ¿La clave? Además de su temperamento y personalidad arrobadores, de chispeante cubanía, hay que agregar ahora un secreto a voces: sus hijos, nietos, yernos, parientes y amistades que la visitan — en casa de una de sus hijas— saben perfectamente que ella suele pasar las mañanas y las tardes en su amado sillón mecedor, escuchando alguno de sus venerados audiolibros. Su amplia y valiosa fonoteca alcanza la estupenda cifra de cincuenta y cuatro títulos de literatura y en ella encontramos desde la *Ilíada* hasta *El código Da Vinci*, pasando por las señeras obras de Cervantes, Valery, Flaubert, Tolstoi, Pearl S. Buck y Sommerset Maugham, entre tantos autores clásicos, antiguos y recientes y de diversas patrias.



*Carlos Peniche Ponce. Escritor y poeta yucateco.*

Su casi ausente visión y su precario oído son superados, sin embargo, por los audífonos directos del audiorreproductor. Eso le permite escuchar con claridad y, por lo tanto —como durante sus largos años de lectora—, comprender y aquilatar repetidamente los contenidos estético y psicológico, histórico y social de esos discos compactos que atesoran tantas joyas literarias. Ellos le cuentan todas las narraciones de anteaer, de ayer y de hoy, que le llenan de inteligencia, sabiduría e imaginación sus apasionantes tardes y mañanas. La buena narrativa escuchada diariamente y la conversación entretenida con sus gentes la

mantienen en contacto con la riqueza humana y el cambiante mundo de hoy, y le estimulan su mirada crítica de siempre: "Ahora veo cosas que no me están gustando. Por ejemplo, mis pobres bisnietos pasan las tardes en una guardería".

Por eso a ella le tiene sin cuidado la avanzada edad que ostenta, ya que es bueno su estado general y porque, con la intensa vida social y cultural que lleva a diario —a través de las letras y de sus emisarios de la calle—, no está para ponerse a pensar en los achaques que el tiempo ocasiona y, por supuesto, ni siquiera se le ocurre enfermarse. Un día hace unos meses, en una sesión de sus





vívidas conversaciones, de pronto al levantarse de su asiento tuvo que carraspear y carraspeó dos veces; entonces, con rostro reflexivo y visible asombro, exclamó disgustada: "Dios mío, no lo van a creer, pero ¡me está quedando voz de vieja!" En otra ocasión, con respecto a las paredes de su cuarto preguntó si no habría un impermeabilizante que durara diez años. Y su máxima nota fue cuando, después de engullir un rojo y delicioso mamey, con aplomo y absoluta visión de largo plazo anunció categórica: "Que me guarden esta semilla porque voy a sembrarla".

Dueña de una memoria indeleble, testigo y partícipe a veces de las múltiples peripecias familiares, y alba-cea fiel de las confidencias paternas, siempre ha sido la cronista oral de la abundante y pintoresca tribu de apellido Urzaiz. Con decirles que a su fuente acudía y abrevaba su propio hermano Carlos, el mismísimo novelista y humorista tan leído... (Doña Mercedes —lo habrán colegido ya— es la hija distinguida y único sobreviviente de la numerosa prole —fueron catorce, y ella la de en medio— del eminente y visionario intelectual doctor Eduardo Urzaiz Rodríguez, creador, organizador y primer rector de la Universidad Nacional del Sureste pionera de la Universidad Autónoma de Yucatán). Su inagotable curiosidad y sus tempranas dotes de observación, así como la devoción paterna



que se rindió ante esa chiquilla, esa joven y esa adulta mujer de vivaz inteligencia y perdurable belleza, le confirió desde pequeña una situación de privilegio.

Precisamente un recuerdo vivo que permanece en su corazón es aquel encanto que producía en su admirado padre visitar y casi acampar, desde los años veinte, en lo que él llamaba "el terreno", allá al poniente del legendario San Cosme —antecesor de la colonia García Ginerés— que

adquirió con su sueldo en época de Alvarado y en el que a lo largo del tiempo iría construyendo poco a poco una casa, la acariciada casa del gran sabio aquel.

Es un conmovedor gusto escuchar hoy a doña Mercedes recordar, como si fuera ayer, aquellos años de su dorada infancia cuando eran una fiesta las visitas con sus hermanos y su papá cuarentón al ansiado "terreno" de San Cosme. Cada sábado, junto a su amado progenitor, brotaba una inmensa alegría infantil. Cada sábado constituía un acontecimiento esa excursión a pie hasta el campo, el monte y la selva, el sol, los bichos y los mosquitos, en medio del calor o de las lluvias. Cada sábado era brincar y sudar bajo cielo abierto, zambullirse en el *tanque* de riego y comer la fruta de los árboles. Cada sábado había una felicidad interminable, de siembra, riego y deshierbe, al lado del entusiasmo rural y botánico, frutal y campesino de su adorado padre, niño cubano crecido en la provincia feraz y en medio de la floresta antillana, en el campo guajiro que jamás olvidaría y que, de algún modo, él sentía recuperar gracias a este semanal encuentro con "el terreno", convertido ya en una huerta.

Pasarían los años, muchos años, y sólo cuando faltaban dos para su partida, pudo él concluir definitivamente su casa —una verdadera casa de campo— en aquella quinta,

entonces situada ya en la orilla noroeste de Mérida, en la vía de acceso a la naciente colonia Pensiones (en donde por cierto tuvo, niño aún, la fortuna y emoción de conocerlo). Ahí mismo, en medio del vasto y verde solar, viviría los veinticuatro meses de paz y de efímero restablecimiento de su dolencia cardíaca, los dos últimos años de su segundo rectorado y de su generosa vida.

Para entonces aquella niña Mercedes contaba ya con cuarenta y un años rebosantes de una juvenil madurez. Creció a sus hijos, los llevó a buen puerto, y amó y acompañó a su marido, el caballeroso doctor Juan H. Villamil Mendoza. Varios años después viajaría a Cuba con sus dos hijas y visitarían por unos días el anhelado terruño, la cuna que el viejo médico, escritor y pedagogo nunca olvidó: la villa de Guanabacoa, ahora ya a un paso de La Habana.

Ella seguiría constante su pasión por la existencia plena y por todo lo que a ésta rodea... Así ha vivido y ha seguido viviendo...

La elegante y fina mujer de noventa y siete años de hoy no es otra persona que aquella chiquita linda que siempre recordaría sus sábados en aquel mágico "terreno". No es otra mujer; sólo que ahora usa un bastón y porta lentes oscuros. Pero continúa siendo, por su envidiable ánimo y su entrega a la vida, la misma niña de ayer.